

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

La carrera

“Con tal que acabe mi carrera...” Hechos 20:24

“Sea como fuere, yo correré”. 2 Samuel 18:23

El mes pasado hablamos del «gran viaje». Podemos volver a este importante y provechoso tema bajo otro título dado por la Palabra: la carrera.

Se trata, pues, de la vida del cristiano. Ella comienza en esa encrucijada llamada conversión. Aquel que hasta entonces deambulaba sin meta, como una oveja perdida, se encuentra detenido por Dios. La cruz donde murió su Salvador se convierte en el punto de partida de su carrera hacia el cielo. Me agradaría pensar que todos hemos llegado hasta allí. Entonces detengámonos unos instantes. El camino angosto se despliega ante nosotros hacia el objetivo celestial. ¿Vamos a correr ya que desde ahora la salvación nos ha sido adquirida? La carrera parece temible, y no partir sería más seguro y agradable. Muchos cristianos se han acostumbrado a ello. Seguramente, como en toda empresa, es necesario comenzar por sentarse y calcular los gastos. ¿Los gastos? Sí, estos son considerables pero por otro lado es preciso considerar también los recursos y las ganancias.

Será, pues, necesario que establezcamos una clase de «cuenta de pérdidas y ganancias». La diferencia nos dirá si vale la pena o no ponerse en camino. No debemos hacernos ilusiones. En la primera columna, la de las pérdidas,

estaremos obligados a anotar muchas pruebas, y hasta persecuciones si el enemigo las suscita nuevamente contra los hijos de Dios. Éstas pueden llegar, la Palabra no nos lo oculta, hasta el sacrificio de nuestras vidas. ¡Vamos, es inútil ir más lejos, he aquí ya la parte perdida! No, miremos más bien la otra columna, la de los beneficios, ¿qué leemos en letras de oro? “Esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez *más excelente y eterno* peso de gloria” (2 Corintios 4:17). Podemos continuar.

He aquí en la columna de gastos otro versículo que nos dice que debemos correr con *paciencia* (Hebreos 12:1). Esto supone que hay algo más difícil que una prueba de vez en cuando. Pero la paciencia tiene su contrapartida en la *esperanza* que no avergüenza (Romanos 5:5). Entre los gastos está además la *dependencia* y todos los ejercicios de fe que ésta conlleva: ¿Tendremos lo que necesitaremos mañana? ¿Qué nos sucederá después de tal decisión? En esta estación, la *gracia* de Dios responde sobreabundantemente en la columna de los beneficios. También está la *obediencia*, pero del lado de las ganancias encontramos seguidamente al *Maestro bondadoso*, a quien tenemos el privilegio de servir, y su bandera sobre nosotros es amor (Cantares 2:4).

Ciertamente habrá *obstáculos*, pero pensemos en el *divino Guía* que trazó nuestro camino, en el Sumo Sacerdote cuya intercesión precederá los momentos difíciles. Agreguemos a las pérdidas el *cansancio*, a pesar del cual es necesario seguir con esfuerzo perseverante. Pero recordemos también en contrapartida el alimento y el agua que no faltarán, la *Palabra* inagotable de Dios y el *Espíritu* de poder, cuya plenitud es prometida a aquel que se deja llenar por ella.

Abordemos otro capítulo de nuestro presupuesto. Se trata de la vida de régimen y de privaciones que se imponen a la

carrera (1 Corintios 9:25), es decir, una abstención voluntaria de una serie de cosas que los que viven a nuestro alrededor consideran como indispensables. Primeramente habrá un costoso renunciamiento a los placeres de toda clase que este mundo de mil sonrisas propone a la juventud moderna. Pero del lado de las ganancias no nos faltarán ni las alegrías del corazón ni la paz que se alcanza a través de una buena conciencia. Debemos abstenernos de visitas no provechosas, pero eso será para juntarnos con queridos hermanos y hermanas en la familia de la fe. Será necesaria la sobriedad intelectual, ciñendo “los lomos de vuestro entendimiento” (1 Pedro 1:13), es decir, no dejando que nuestra inteligencia y memoria se entreguen a todos los dominios en los cuales les gustaría poder ejercitarse. Pero como contrapartida, profundizaremos más en “la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús” (Filipenses 3:8), y aquellas cosas, tan estimadas por el mundo, las consideraremos como pérdida, como basura.

Sí, por un lado estará el renunciamiento no solamente a lo que es perjudicial, dañino, sino tal vez incluso a cosas justas y legítimas, que como la capa de Bartimeo (Marcos 10:50) pueden obstaculizar la carrera hacia el Señor. Por el contrario, en la otra cara podremos leer en letras de fuego: “a fin de ganar a Cristo”: Cristo mismo, ganancia suprema que resume todas las demás. Ahora estamos de acuerdo en que, hecha la cuenta, la suma de los recursos en el haber espiritual sobrepasa la de los gastos. Porque como siempre lo hemos verificado, esos recursos se totalizan en la Persona de Cristo y en lo que él da. En tales condiciones, bien vale la pena ponerse en camino.

Pero esto no es todo. Podemos estar convencidos y sin embargo no correr, sea porque permanecemos en el punto de partida o porque caminamos demasiado lento, como si fuésemos

de paseo. A veces, tal vez después de haber corrido un momento, nos sentamos cansados al borde del camino. Entonces hay que tomar una decisión ahora, en el lugar donde estamos, una decisión irrevocable. Luego deberemos mantener el esfuerzo con una perseverancia a menudo extenuante. Sin embargo, por nosotros mismos no lo lograremos. ¿Cómo podremos hacerlo? Queridos amigos, ocupándonos mucho de la columna de ganancias, es decir, de Aquel que es a la vez el fin y la fuente para lograrlo.

Los deportistas tienen una máxima que dice: «Un corredor corre más con la cabeza que con las piernas». El cristiano puede agregar: «Y mucho más con el *corazón*». He aquí el secreto. Al joven Ahimaas, que regresaba hacia su rey, nada lo pudo disuadir: “*Sea como fuere*”, dijo él, “*yo correré*” (2 Samuel 18:22-23). “Con tal que acabe mi carrera”, declaró Pablo firmemente. Tanto uno como otro estaban advertidos de que habría momentos difíciles, pero el amor los llevaba hacia adelante. Si Cristo es verdaderamente nuestro tesoro, una santa energía conducirá nuestros pasos hacia donde ya se encuentra nuestro corazón. Que desde el comienzo y hasta el fin de nuestra carrera podamos hacer nuestras las últimas palabras de un fiel testigo del tiempo de la Reforma que subía a la hoguera: «No quiero más que a Cristo, no quiero más que a Cristo».

Jn. K.

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).